

Formada en Leon

El Seminario Conciliar

DE LEON

en la conclusión

DEL + AÑO + ESCOLAR

DE 1897



920
48

LEON.—1897.

Imprenta de Francisco Verdages.

4798

BX920

.L48

1/2

c.1

00498



1080026639



El Seminario Conciliar

DE LEÓN

en la conclusión

DEL + AÑO + ESCOLAR

DE 1897.

UANI



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
LEÓN.—1897.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA DE FRANCISCO VERDAYES.

41979



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



INFORME

leído por el Sr. Rector

Pbro. D. Eugenio Olaez,

en la solemne distribución de premios
verificada en la noche del 27 de Agosto de 1897.



ILMO. SR: (1)



A Iglesia Católica, conocedora como nadie del cúmulo de males que la ignorancia causa en el hombre, ha cuidado en todo tiempo de alumbrar á los pueblos con la luz de la verdad; y más ha esforzado su acción bienhechora cuánto más el peso de la ignorancia ha amenazado sepultar en tinieblas de muerte la inteligencia humana. Cuando los bárbaros invadieron la Europa no llevaban otra cosa fuera de la fuerza de su brazo que la tea incendiaria de la civilización antigua; y al considerar que sin letras habían logrado subyugar todo un mundo de largo tiempo

(1) El Ilmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. D. Tomás Barón y Morales.

004798

educado en ellas, no solo se confesaban ignorantes sino que jactándose de serlo repudiaban abiertamente la ilustración. El peligro era inminente: la ignorancia amenazaba imponerse al mundo protegida por la lanza de las hordas triunfadoras. ¿Qué hizo entonces la Iglesia? Acogió benévola al salvaje vencedor y con maternal afecto trabajó por inculcarle los principios de la Religión, haciéndolo por fin cristiano después de haberlo hecho hombre. Para conjurar la ignorancia se ocupó en reproducir los restos de la antigua civilización que había logrado salvar del saqueo y del incendio, y sobre todo abrió casas de enseñanza convirtiendo en escuelas hasta sus Catedrales y casas de los Obispos, de las que más tarde habían de salir para ilustrar al mundo los Fulda, San Martín de Tours, Reichenau y Fontenelle.

Pero ¿quién lo creyera, señores? no es la ignorancia la que más despierta los afanes de la Iglesia, ni la que la hace más solícita por el bien de sus hijos. Hay peor enemigo que la Iglesia con el mayor esfuerzo ha combatido y combatirá siempre: tal es la educación falsificada, aquella que se imparte sin contar para nada con Dios, y por medio de principios que alejan del alma toda idea de religión. Que los hombres no conozcan á Dios ni á su Iglesia es lamentable; pero que desde niños sean educados con máximas perniciosas que engendran el olvido de Dios y el odio á la Religión, es incontestablemente mucho más funesto. Así se explica por qué la Iglesia en su infatigable propaganda hace mayores conquistas luchando contra la ignorancia que contra la falsa ciencia. La ignorancia, como se observa en naciones infieles, sabe ceder ante la abnegación del misionero que sacrificándolo todo va á predicar á Jesucristo en países en que aún no es conocido: para la falsa ciencia no basta ni la abne-

gación á la que llama fanatismo, ni los más grandes sacrificios por la Religión, los que disvirtua reputándolos como ardidés del interés personal, ni los argumentos palmarios de la ciencia cristiana ante los cuales se escuda con sus sofismas: porque siempre será cierto, señores, que nada puede haber tan tenáz como el error una vez que ha llegado á revestir las formas del saber. Para extender el reinado de Jesucristo basta un Bonifacio en Alemania, un Agustín en Inglaterra y en las Indias un Francisco Javier. Ojalá que así pudieran multiplicarse los ejemplos de conquistas hechas para la Iglesia en pueblos cuya juventud fué pervertida por la impía enseñanza del error y por la educación que no tiene á Dios por principio, ni lo busca por el camino único de la Religión católica, como último fin!

Perfectamente ha demostrado la Iglesia el mal inmenso que trae la educación falsificada por el denuedo con que la ha combatido. Hubo por el siglo cuarto un monstruo que fué Emperador: llamábase Juliano y para su eterno opróbio, se le apellidó el apóstata. Satánicamente sagáz comprendió que para extinguir el nombre cristiano sería medio más eficaz que el potro y la cuchilla, oprimir á los fieles con todo linaje de vejaciones, asfixiarlos con el aislamiento y menosprecio, y privarlos de las ventajas que puede y debe prestar la vida social. Pero entre cuantos medios empleó para realizar su perverso intento ninguno fué tan tiránico como el que ejecutó relativo á la enseñanza. Por imperial edicto que mandó fijar en las puertas de su palacio y sobre los muros de Constantinopla, ordenó que la juventud fuera educada en los errores palpitantes aún del paganismo; y como medio eficaz para ello excluyó á los maestros cristianos de la enseñanza de las ciencias y las letras, dejando á los jóvenes en la fatal desyuntiva de quedar ig-

norantes ó de ser envenenados con las máximas del error en las escuelas del imperio. ¿Qué aconteció? Ejemplo notable, señores, que debe llenar de confusión á muchos cristianos de nuestros días, poco firmes en su religión y por demás cobardes. Los cristianos de aquel siglo prefirieron que sus hijos vivieran en la ignorancia, con tal de que no se pervirtiera su inteligencia concurriendo á las malhadadas escuelas del imperio, por más que en ellas, á esfuerzos de Juliano, se ostentara deslumbrante el poderoso aparato del saber; y creyeron más conveniente tener en el hogar hijos creyentes aunque faltos de ciencia que literatos pero corrompidos. ¿Qué hacía entre tanto la Iglesia? el campo de la literatura griega y latina le quedaba vedado para sus hijos; los maestros cristianos no podían enseñar sin abjurar de sus creencias, y los jóvenes no podían ser instruidos en las letras sino absorbiendo el veneno del error con la enseñanza pagana. ¿Qué hizo, pues? Buscó en su seno gérmenes de una nueva literatura: abrióse en el campo del saber un camino propio, é inspirándose en sus misterios y doctrinas hizo nacer la literatura exclusivamente cristiana. Aparecieron entonces hombres célebres, dice Darras, que compusieron sobre temas de Moral y asuntos sacados de la Historia sagrada, Himnos, Idilios, Elegías, Odas y Trajedias. San Gregorio de Nazianzo compuso más de treinta mil versos. Apolinar el más afamado Gramático de la Siria, escribió en veinticuatro cantos un resumen de la Historia sagrada, y su hijo, el otro Apolinar, imitando á Platón, escribió Diálogos para explicar los Evangelios y la Doctrina de los Apóstoles. Trabajando así la Iglesia por el bien de la juventud, no dejaba por eso de reclamar indignada contra el atentado de aquel Emperador. «Díme, Juliano, lo interpelaba San Gregorio de Nazianzo, ¿quién te inspiró el pensamiento de

arrancar las ciencias y las letras de las manos de los fieles de Jesucristo? Las leyes habían hasta hoy consagrado la legitimidad é inviolabilidad de este dominio del entendimiento." Y al decir Juliano que á los cristianos tocaba la ignorancia é inculta barbarie, porque toda su ciencia se reunía en esta palabra: *Creo*, contestaba aquel Apóstol: «Los Pitagóricos con su divisa: "El maestro lo ha dicho" no habrían así ridiculizado nuestro *Credo*. Para ellos la razón última de su doctrina se resume en estas palabras: «El maestro lo dijo.» Nosotros los cristianos cuando proclamamos la verdad de nuestros dogmas, no intentamos abjurar los derechos de la razón ni de la lógica. Al contrario, por medio del raciocinio, de la ciencia y de la dialéctica demostramos de un modo irresistible la verdad de nuestra fe.» Por todo esto se ve que la Iglesia, en aquella fatal época, á la vez que reclamaba sus derechos, luchaba infatigable contra el enemigo, levantando frente á las escuelas paganas la escuela católica, en defensa de la juventud que se veía amenazada de muerte por el más hábil perseguidor que ha tenido la Religión.

En nuestra época, señores, no es la ignorancia de los principios medioevales contra la que la Iglesia tiene que luchar. Vosotros lo sabeis: abundan casas de enseñanza para niños y jóvenes; ábrese paso á todas las carreras, y cada día se trata de adelantos y mejoras escolares. No, repito, no es la ignorancia el enemigo que al presente combate á la Iglesia: el Goliat que hoy se pasea amenazante por el campo de la lucha es el mismo que affligió á la Iglesia, en la época tristemente memorable del Emperador Juliano.

Prestadme vuestra indulgente atención:

El pensamiento de aquel tirano era apropiarse el derecho exclusivo de la enseñanza para impar-

tirla á quiénes y cómo quería: todo ello con el intento de paganizar la escuela para obtener como seguro resultado la abolición del nombre cristiano. La escuela había de ser pagana, el texto pagano y el maestro pagano. Hoy sucede lo mismo aunque la denominación sea distinta: el maestro ha de ser laico, el texto laico, porque en las escuelas todo ha de ser laico, es decir, no ha de haber en ellas nada que sepa á Religión: no ha de hablarse de Dios ni de moral cristiana, porque todo lo que á Religión atañe se tiene por fanatismo y retroceso. Y no para aquí la desgracia: enséñanse libros que positivamente impugnan las doctrinas de nuestra Religión, desviando con ellos las inteligencias juveniles precisamente en aquella edad en que las impresiones recibidas han de conservarse hasta la vejez. Allí, bajo la inevitable y decisiva influencia de Profesores y alumnos formados en la impiedad, mírase el educando en el tremendo riesgo de abandonar para siempre los principios salvadores de su Religión, creyendo muy difícil, cuando no imposible, poder de otra suerte abrirse paso en la sociedad, hacer lujo de su saber, y colocarse en puestos elevados que en el mundo producen la estimación y el bienestar. ¿Quién podrá resistir á esa tormenta? ¿Qué podrá esperarse de un joven que, del hogar ó de la escuela primaria, en que reinan la religión y la piedad, es trasladado á un colegio en que la atmósfera está inficionada por impías doctrinas y perversos ejemplos? ¿Creeis que ha de volver al seno de su familia repitiendo ferviente las oraciones que, niño todavía, aprendió de los labios de su madre? Recojámonos, señores; aislémonos de toda preocupacion, y reflexionando con la madurez que exige negocio en que tanto vá á los padres de familia, interroguemos por último. Cuando en tales Colegios, los textos, y los profesores, y los alumnos, y las doctrinas, y los

ejemplos se adunan sobre la cabeza de un joven inexperto que, por todo dique para este aluvión de males, no lleva sino la lijereza propia de su edad y un corazón que nada sabe de mundo y comienza á sentir el atractivo halagüeño de las pasiones; en tales circunstancias, pregunto: podrá salirse salvo? Para mí tengo, que mayor milagro sería éste que el de los tres jóvenes de Babilonia salidos sin lesión alguna del horno ardiente á que fueron arrojados. Páreceme á veces que exagero, y que cargando de sombríos colores este cuadro, me salgo del justo medio en que la prudencia en alianza con la verdad deben coiocarme. Pero cuando alzo los ojos y miro las brechas que el enemigo hace en nuestro campo, mediante su enseñanza, comprendo que no me he alejado de la verdad. ¡Cuántos jóvenes conoceis y conozco yo también, de católicos y piadosos convertidos en indiferentes ó enemigos de su religión, debiendo tan triste cambio á la enseñanza laica! Ni podemos siquiera consolarnos con que el mal no aparezca desde luego en toda su magnitud, viendo predominante aún la religión en la mayoría de los jóvenes: las conquistas del error por medio de la enseñanza tienen que ser sordas, lentas, pero constantes y seguras sobre todo si á tiempo no se las ataja con viril energía. Así lo comprendía hasta el desventurado Renán, quien juzgaba más eficaz la guerra de la escuela laica que la persecución hecha á la Iglesia en la época de los mártires. Oid sus palabras: «Si Marco Aurelio, en vez de servirse de los leones y de las parrillas, se hubiera valido de la escuela primaria y de la enseñanza racionalista del Estado, habría evitado mejor que el mundo fuera seducido por el sobrenaturalismo cristiano.»

¿Qué ha hecho la Iglesia ante tal situación? Celosa como siempre por la salud de sus hijos, ha reconocido la gravedad del peligro, ha reclamado

contra la usurpación de sus derechos en materia de enseñanza, y, descendiendo á la práctica, ha abierto y mejorado casas de instrucción para la juventud.

Bien conoceis, decía el Sr. Pío IX en su Encíclica *Nostis*, que los actuales enemigos de la sociedad y de la Iglesia, llevados de un espíritu enteramente diabólico, ponen su conato é industria en pervertir desde la primera edad la mente y el corazón de los jóvenes, por lo cual no hay cosa que no intenten, ni osadía que no muestren para sustraer del todo á las escuelas de los niños, de la autoridad de la Iglesia y de la vigilancia de sus Pastores.» El actual Pontífice reynante no menos ha señalado esta llaga que aflige á la sociedad. En la Encíclica: *Humanum genus*, así se expresa: «Estos hombres falacisimos en sus impías opiniones y maquinaciones, quieren principalmente eliminar de los jóvenes la virtud y doctrina católica, para depravar por la instrucción y educación los ánimos dóciles y tiernos en esa edad, inficionándolos y depravándolos con los errores y vicios.»

Tiempo falta para exponer por extenso cómo la Iglesia, sin ceder jamás, ha reclamado sus derechos sobre la enseñanza, y reprobado las escuelas sin religión. Baste para probarlo trascribir la siguiente proposición condenada por el Sumo Pontífice: "Todo el régimen de las escuelas públicas puede y debe atribuirse á la autoridad civil, y atribuírsele de tal manera, que á ninguna otra autoridad se le reconozca el derecho de mezclarse en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados y en la elección ó aprobación de los maestros." (Syll., prop. 45).

Por lo demás, la Iglesia ahora como en el siglo cuarto, frente á los gimnasios laicos levanta los suyos católicos, y se desvela porque la juventud se ilustre cada día más con el conocimiento de las

ciencias y las letras. En Francia se halla establecida la *Sociedad general de educación*, compuesta de hombres eminentes: allí mismo hay varias escuelas normales que proporcionan profesores cristianos y aptos para la instrucción de la niñez. Pero sobre todo la Iglesia se ocupa en mejorar lo que pudiera llamarse Escuelas oficiales del Clero, quiero decir, los Seminarios, que si bien es cierto tienen el objeto especialísimo de formar las vocaciones eclesiásticas, no se descuidan por esto de conducir de la mano hasta donde por su instituto les es dable, á jóvenes que no aspiran al elevado honor del Sacerdote. ¿Qué no ha hecho el Sumo Pontífice reinante por el adelanto científico en los Seminarios? El funda Academias y con sapientísimas Encíclicas, da eficaz impulso á los estudios filosóficos, teológicos y escriturarios. Todavía más, no pareciéndole bastante impulsar á aquellos estudios que más estrechamente se relacionan con la misión del Sacerdote, ha querido fomentar otros que menos necesarios pudieran parecer. Efectivamente, en Letras Pontificias dirigidas á su Cardenal Vicario, en 20 de Mayo de 1885, le demuestra la utilidad de que el Clero se dedique empeñosamente al estudio de las bellas letras, llegando hasta decir que en nuestros tiempos en que tanto se ha despertado el amor al saber, no podría el Clero desempeñar útil y dignamente su oficio si se le viese despreciar aquel ejercicio del humano ingenio que en tanto es tenido por los demás. Por tal motivo el Santo Padre quiere que en el Seminario de Roma se perfeccione el estudio de la literatura nacional, griega y latina, y así le dice á su Cardenal Vicario: "Mucho confiamos en tu sabiduría y celo que hemos de comenzar en nuestro Seminario por poner en práctica el propósito que hemos expuesto." Y como si no fuera bastante haberle significado su deseo, le agrega que

tal es su querer. «Queremos, le dice, que en dicho Seminario se abran exprofeso cátedras para los jóvenes de mejor talento y aplicación, que, habiendo concluido el curso ordinario de italiano, griego y latín, puedan, bajo la dirección de idoneos profesores, adquirir más perfectos y limados conocimientos en esas materias.» Para inclinar mejor los ánimos, el Sumo Pontífice recuerda entre otras cosas cómo todos los Santos Padres fueron hombres esclarecidos por su literatura en cuanto lo permitieron las circunstancias del tiempo en que les tocó vivir, y que algunos de ellos poco dejarían que desear si en parangón se les pusiera con los eminentes clásicos de la antigüedad.

Por todo esto se vé que la Iglesia no se ha mantenido indiferente en la presente situación, sino que lucha como siempre con el enemigo que se esfuerza por arrebatárle la juventud: el triunfo será de ella apoyada como está en las promesas divinas. Así Jacob luchó durante toda la noche con el ángel, hasta que, llegada la aurora, la victoria se puso de su parte. Nosotros, señores, á quienes ha tocado vivir en la noche de la pelea, podemos esperar ciertamente la aurora, etapa señalada para el triunfo; pero entretanto debemos luchar por transmitir á los pósteros un palmo siquiera de terreno que logremos arrancar al enemigo.

Perdonad si debiendo daros noticia de este Plantel, me he detenido en las reflexiones que habeis escuchado; pero si de informe se trata, no juzgo de poco interés informaros del objeto que dirige la marcha de este Establecimiento en la sociedad, de la sagrada misión que desempeña en los tiempos presentes en que el error cubierto con el antifaz de la ilustración trabaja por adueñarse de la juventud, y por último del importante puesto que ocupa en las filas militantes de la Iglesia. Él es el asilo que

la Iglesia ofrece á los padres de familia para proteger á sus hijos contra la borrasca que la impiedad levanta en nuestros días.

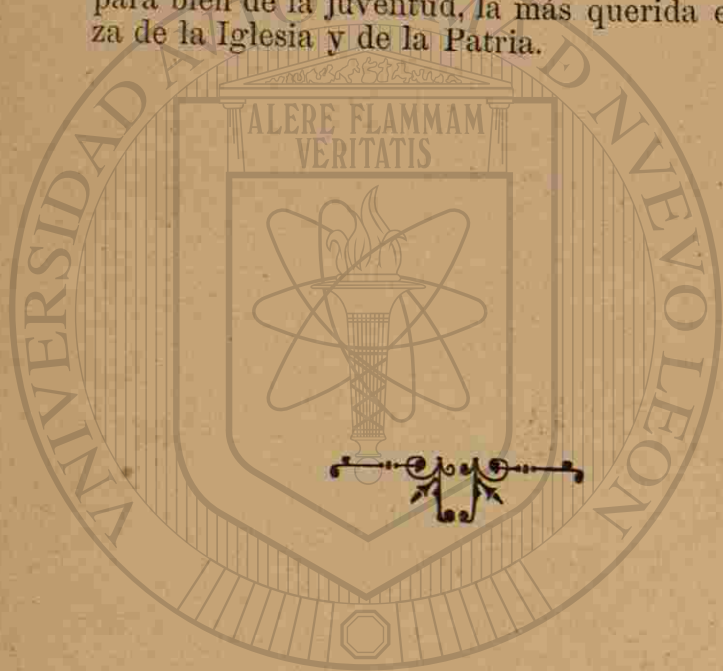
Por lo demás, sus prácticas son ordenadas al doble objeto que lo mantiene: la ilustración de la mente y la formación del corazón. Para lo primero han servido las Cátedras de Latinidad, Filosofía, Teología dogmática y Moral, Derecho canónico, natural, romano y civil patrio, Religión, Sagrada Escritura, Elocuencia Sagrada y Rúbricas. Cual haya sido el aprovechamiento de los alumnos en estas cátedras, lo dicen las calificaciones que obtuvieron. Si de oficio tengo que hablar no debo pasar en silencio el celo y asiduidad con que los Sres. Catedráticos se han dedicado á sus respectivas labores. El éxito de los exámenes públicos que de cada cátedra se tuvieron confirma lo que digo. No debo omitir traer á vuestra memoria la importancia de los talleres establecidos en esta Casa: la experiencia tiene bien acreditada esa importancia toda vez que no pocos alumnos que no pudieron continuar la carrera literaria, han logrado establecerse convenientemente aun como jefes de taller en el ramo á que aquí se dedicaron.

Para informar religiosamente el espíritu de la juventud, han contribuido en primer término los ejercicios espirituales que por espacio de ocho días practicaron los alumnos; los retiros espirituales de cada mes; la frecuencia de los Santos Sacramentos prescrita por las reglas, y las prácticas religiosas observadas diariamente por los alumnos.

En los últimos meses de este año fué hecho el nombramiento y la elección de personas que desempeñarán las Comisiones Conciliares, en sustitución de las que ya habían fallecido. De esta providencia canónica espera el Seminario ópimos frutos.

En fin, señores, al cerrar sus cátedras nuestro

Seminario en el año escolar que hoy finaliza, lo hace dando infinitas gracias al Todopoderoso por los beneficios que le ha impartido, y le ruega se digne seguirlo bendiciendo en adelante á fin de que pueda prosperar para gloria de su Magestad divina, y para bien de la juventud, la más querida esperanza de la Iglesia y de la Patria.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR

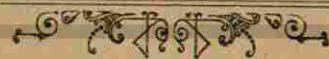
EL SEÑOR CATEDRÁTICO DE LATÍN

Pbro. D. Marino de Jesús Correa,

en la Exposición

*de los artefactos elaborados por los alumnos
del Seminario Conciliar de León,*

que se efectuó en la mañana del día 27 de Agosto de 1897.



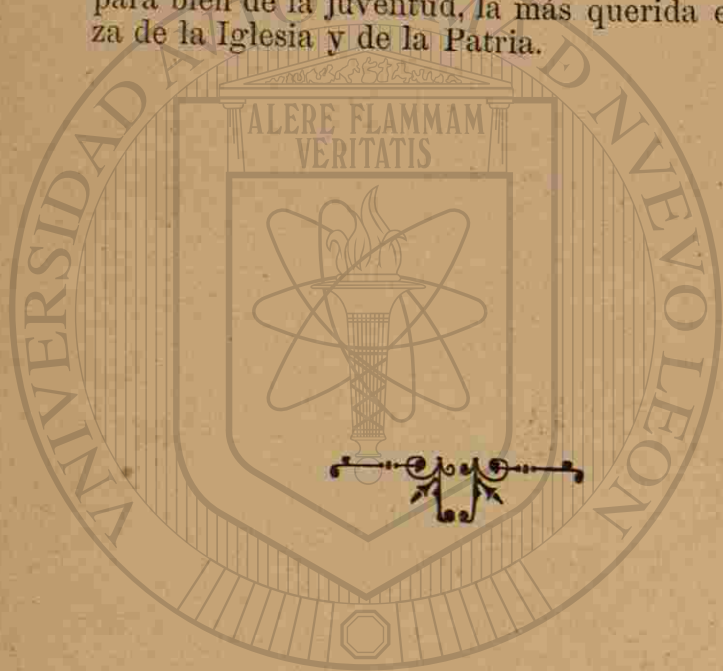
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Tellez



Seminario en el año escolar que hoy finaliza, lo hace dando infinitas gracias al Todopoderoso por los beneficios que le ha impartido, y le ruega se digne seguirlo bendiciendo en adelante á fin de que pueda prosperar para gloria de su Magestad divina, y para bien de la juventud, la más querida esperanza de la Iglesia y de la Patria.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR

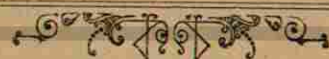
EL SEÑOR CATEDRÁTICO DE LATÍN

Pbro. D. Marino de Jesús Correa,

en la Exposición

*de los artefactos elaborados por los alumnos
del Seminario Conciliar de León,*

que se efectuó en la mañana del día 27 de Agosto de 1897.

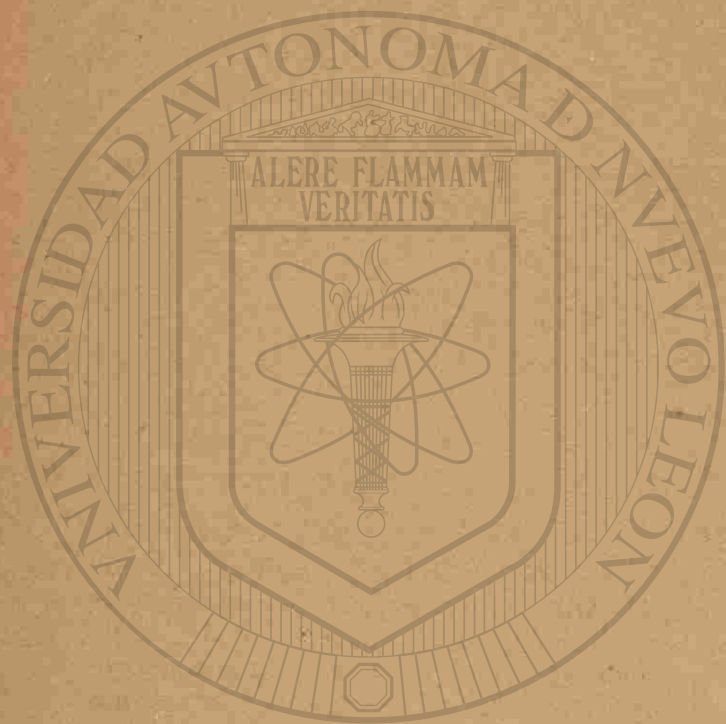


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Tellez





¡Infeliz, diga lo que quiera, del que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura, no un apostolado social, sino un instrumento de seducciones impúdicas ó de alabanzas venales!

César Cantú.

ILMO. SEÑOR.

SEÑORES:

Diez y nueve siglos hace que el Cristianismo erigido en sistema único y legítimo de enseñanza y educación religiosa por el Hijo de Dios, entre las contradicciones y horrores del Calvario, ha estado derramando con inagotable y maravillosa profusión sobre todas las naciones de la tierra la fecundante savia de sus doctrinas.

Por todas partes la inteligencia humana oportuna y suficientemente alimentada con el pasto saludable de la verdad, que entrañan las teorías cristianas, y sabiamente dirigida en el curso de sus empresas por la claridad y firmeza de los principios divinos, que á manera de luminosos focos aparecieron sobre el nublado horizonte del mundo, cuando las generaciones todas estaban á punto de perecer envueltas en el torbellino de la iniquidad y del error; ha dado pruebas innumerables y variadas de

la eficacia de su fuerza creadora, y evidenciado de una manera incontrastable con el prodigioso caudal de sus obras intelectuales y trabajos artísticos la influencia y el poderoso ascendiente que la idea cristiana ha ejercido constantemente en el desarrollo y perfeccionamiento de las producciones humanas, fluctuando siempre sobre las olas de todas las tempestades sociales, y recorriendo en noche oscura los incalculables y lóbregos vacíos, que la falta de los conocimientos celestiales dejara en las creaciones literarias de la razón con menoscabo de la verdad y de la estructura misma de sus trabajos.

Los pueblos todos, comprendiendo que los pálidos reflejos de la luz natural por sí solos no eran suficientes para llenar las exigencias del entendimiento y aspiraciones del corazón, no se consideraron felices ni florecientes, sino hasta que vieron iluminadas sus obras con la luz indeficiente del cristianismo; y hasta que las maravillosas doctrinas de Jesucristo, extendido como un gran libro sobre la Cruz, brillando, como misteriosa antorcha, en todos los ámbitos del mundo, perfeccionaron las producciones del ingenio humano y las engrandecieron elevándolas á tanto grado de esplendor y de belleza que en vano se buscará en las mejores y más celebradas obras de la antigüedad. Es cierto que no han faltado apologistas del error y de la mentira que con cínico aplomo y desmedida falta de juicio se han atrevido á protestar contra las enseñanzas cristianas, considerándolas como una rémora para el desarrollo de las ciencias y mejoramiento de las bellas artes; mas no sin injusticia, porque si en algunos pueblos tanto estas como aquellas han sido mejoradas y enaltecidas, es cabalmente en aquellos donde por largo tiempo han dominado las ideas y los sentimientos cristianos. En los delirios de su imaginación calenturienta y malamente prevenida contra

la más noble y grandiosa de las instituciones divinas no se avergüenzan de repetir hasta el fastidio esos propagadores audaces del mal que: "en vez de conducir á los hombres al estudio de la naturaleza, de la moral, de la legislación y de la política, el cristianismo los ocupa exclusivamente en las frívolas disputas de religión;" que en vez de civilizar á los pueblos y llevarlos por las vías del progreso al engrandecimiento y felicidad positiva, enerva sus facultades intelectivas y rebaja el mérito de sus obras literarias y artísticas, si no es que eclipsa por completo el resplandor de la literatura y del arte griegos y romanos que se glorían de presentar al mundo de las inteligencias como los modelos más acabados de lo sublime, maravilloso y de lo bello.

Nosotros sin embargo no caminando de acuerdo con tan infundadas y mezquinas apreciaciones, y estando por otra parte plenamente convencidos de que á la luz de los principios divinos, no solo las ciencias, sino también las bellas artes, han renacido de sus cenizas y levantándose en alas del genio cristiano á su mayor altura; á muy alta gloria tendríamos hacer la apología de las enseñanzas cristianas, no ciertamente en todas sus relaciones con la institución y engrandecimiento de las sociedades modernas, porque esto sin duda superará á los esfuerzos de nuestra escasa inteligencia, sino tan solo en lo que mira al desarrollo y mejoramiento de la poesía, que, como la arquitectura, la pintura y la música, muy poco ostentaba de bello en sus formas, cuando en el fondo de sus composiciones no ocupaban un lugar preferente los ideales y principios cristianos.

Bien conozco que en el curso de los estudios de nuestro amado Seminario no se enseña exprofeso á los jóvenes que frecuentan sus aulas, á cultivar esa parte de la literatura que por el esmerado adorno de sus conceptos y especial galanura de estilo, está

llamada á despertar en el corazón humano sentimientos más ó menos nobles y grandiosos, hiriendo las fibras del alma con más delicada y penetrante actividad, ora inundándola en las contemplaciones de lo infinito, ora engolfándola en los pestilentes lodazales de la sensualidad.

Mas esta inculpable y aparente omisión no me parece ser motivo suficiente para que, en esta vez que mi acendrado amor á los intereses de la causa cristiana me ha estrechado á admitir contra mis convicciones de natural insuficiencia, el espinoso y delicado encargo de amenizar con el desafinado eco de mis palabras la fiesta con que nuestro católico plantel festeja en el presente año, los adelantos artísticos de sus jóvenes alumnos; deje de ponderar ante vosotros las bellezas de la Poesía alumbrada y dirigida en su marcha siempre creciente por el espíritu cristiano.

Arduo es en efecto y no poco difícil el desarrollo de la materia que me he propuesto tratar en obsequio de la enseñanza cristiana, tan injusta y tan neciamente calumniada por los propagandistas del error y de la maldad, en esta época de vértigo y desquiciamiento social, bajo el concepto de que la reconocida ilustración y benevolencia de los Maestros y Custodios de la verdad en Israel y demás honorables personas que me escuchan, concediéndome su atención y perdonando la carencia de las formas del lenguaje en gracia de la importancia de las doctrinas, suplirá del todo la deficiencia de mis palabras, únicamente encaminadas á la propagación y sostenimiento de los principios cristianos, de cuya enseñanza y acertada práctica depende la felicidad y el verdadero engrandecimiento de las naciones.

Si el objeto formal de la Poesía fuera tan solo establecer las reglas y sancionar los preceptos para la elegante y ordenada estructura del verso, con al-

gún fundamento podría sostenerse que de ningún modo había cooperado el genio cristiano á la creación del arte por esencia de las representaciones y semejanzas; porque nacida en el gentilismo, cuando los ideales y sentimientos cristianos aun no eran general y explícitamente conocidos en el mundo, y alumbrada en sus comienzos por solo los fulgores de la razón, la forma de sus composiciones, además de estar limitada á cierto orden y número de sílabas, llamada pie, no carecía de gracia y esplendor, que es ciertamente lo que, explicando sus cualidades naturales la da derecho á que se la compute entre las bellas artes. Pero no, señores, la naturaleza de este arte tan ambicionado exige también que los efectos de su actividad se extiendan más allá de la mera reglamentación de sus materias, que la magestad y abundancia de sus metáforas y armonioso colorido de sus representaciones vayan encaminadas á despertar en las almas sentimientos de placer, que sin arrastrarlas por el fango de la sensualidad las llevan al conocimiento de la verdad y santo goce de la belleza. Y por eso nosotros, entusiastas admiradores del talento y del genio, donde quiera que la pobreza de nuestro entendimiento descubriera las huellas de suglorioso tránsito por los amenos campos de la literatura, con ingenuidad y particular satisfacción honraríamos la memoria ilustre de los antiguos vates, ponderando las excelencias de sus trabajos literarios y artísticos en presencia de los maestros del saber, que á la par de los jóvenes que ansiosos anhelan ceñir sus frentes con los lauros de la inmortalidad, nos dispensan su atención, si en el curso de nuestra larga vida de estudiantes no hubiéramos notado las densas nubes, que si no opacan por completo las bellezas artísticas, que á manera de astros errantes cintilan en algunos de sus poemas, por lo menos las hacen pa-

lidecer mucho, cuando se las pone enfrente de las bellezas producidas al calor del espíritu del cristianismo.

¡Aseveraciones, al parecer, exageradas, cuando no enteramente ajenas de la verdad! Porque ¿cómo inculpar de ignorancia, ó á lo menos de ligereza á tantos genios que con frecuencia nos regalan con la suavidad y acompasada estructura de sus composiciones literarias? ¿Cómo desconocer por unos cuantos lunares la grandeza y el brillo de las formas, que á largas distancias se descubren en los clásicos que ordinariamente se nos objetan como los mejores modelos de literatura poética? Muy audaz y temerario sería sin duda quien intentara tanta profanación! Mas nó, señores, permitidme que os diga con la mano en el corazón y el cuello erguido que en esas rosas dispersas se ocultan crueles espinas, que son muy ponzoñosos los placeres que, á cambio de la muerte del alma, nos propinan esas efímeras coronas, de donde sale siempre la Serpiente infernal que causa en los corazones poco precavidos profundas y mortales heridas, que esos poemas donde no se encuentran otras cosas, como dice el célebre Manzoni, que «ideas falsas de la virtud y del vicio, ideas falsas, inexactas, exageradas, contradictorias, insuficientes sobre los bienes y los males,» y cuyas brillantes cualidades no eran propias, en concepto del águila de Meaux, mas que para «añadir una seducción peligrosa á los encantos de un culto que solo hablaba á los sentidos, de una religión que no presentaba á la adoración de los pueblos mas que cuadros voluptuosos, recuerdos culpables y grandes escándalos,» no pueden acojerse con agrado, ni pueden estimarse en todo su valor las pocas verdades que, como piedras preciosas abandonadas en un estercolero, apenas lucen en medio de tantas ficciones y mentiras, en que abun-

dan las obras apasionadas, obscenas y peligrosas bajo todos aspectos para las costumbres, de la mayor parte de los antiguos poetas, sin exceptuarse de este número Terencio ni el mismo Virgilio, á juicio del sabio y piadoso Jesuita Possevin; ni mucho menos apropiárseles los significativos y grandiosos epítetos de bellos y superiores á los poemas cristianos.

No, señores, no hagamos causa común con los panegiristas y patronos del error, no llamemos bellas las quimeras de la razón, no enzalcemos los delirios y fábulas del paganismo con detrimento del buen sentido. La Poética, es cierto, llegó á muy alto grado de esplendor entre los Griegos, y casi tocó los límites de lo maravilloso entre los Romanos, mas nunca podrán decirse propiamente bellos todos sus cantos y sus poemas; porque desconocida de aquellos genios la idea de lo infinito y poco cuidadosos de los fueros de la moral y de la verdad, aun histórica, con sobrada justicia la belleza, que es el «esplendor de lo verdadero,» como dice Platón, está muy lejos de brillar en las producciones literarias de aquellos espíritus encerrados en el estrecho círculo de las ideas naturales y humanas, y contentos con solo los pasajeros goces de la materia. Alejada de su imaginación imbuida en ideas falsas y erróneas acerca de la verdadera felicidad y la virtud, la noción de un solo Dios verdadero, que es la belleza por esencia y el supremo regulador de todas las acciones, la ideología por consecuencia en el orden moral no podía menos que ser la expresión de la sensualidad y corrupción de las costumbres deificadas bajo los halagüeños disfraces de la Poesía; mas de ninguna manera la genuina representación de lo sublime y de lo bello; porque, como enseña S. Agustín «falta la elegancia donde no brilla la hermosura de la verdad,» base necesaria para el avaloramiento

y justa estimación de las obras del genio, cuyas miras más nobles y levantadas fueran siempre el perfeccionamiento de la inteligencia y la moralización de los afectos de la voluntad, por medio de la enseñanza útil á la par que divertida, al decir de Horacio quien no juzgaba perfecta una obra si en ella no advertía mezclado convenientemente lo útil con lo agradable.

No carecen ciertamente de las mencionadas cualidades los trabajos literarios de los antiguos clásicos: aun hoy el aprendizaje de sus poemas, figurando en el plan de estudios de las aulas más famosas, complace á los cultivadores de las bellas letras instruyéndolos en el conocimiento de los usos y costumbres de los antiguos pueblos, pintándoles con vívidos colores las rivalidades, las guerras y los crímenes del hombre en el trascurso de los tiempos y llevándolos por los áridos campos de la materia, cubiertos con vistosos adornos y galas meramente artificiales y postizas, á la contemplación de lo sublime de las formas, ya que no á los arrobamientos y trasportes de lo infinito. Mas todas estas cosas, por mucho que realcen y engrandezcan la inteligencia de los genios que dieran movimiento y vida á esas deslumbradoras creaciones del ingenio humano, nunca con todas sus grandezas y excelencias podrán opacar los rayos de luz y de belleza artística que á largas distancias arrojan las maravillosas épopeyas y los cantares concebidos y desarrollados al calor de las teorías cristianas. Píndaro y Homero entre los Griegos, Virgilio y Horacio entre los Latinos, que son las figuras culminantes del clasicismo pagano, y los Vates más famosos, á quienes el mundo literario altamente complacido con sus versos no se cansa de aplaudir y recomendar á las generaciones por sus trabajos, como las obras más acabadas y perfectas del espíritu del hombre; nunca

podrán sostener ni la más remota comparación con los arrebatados cánticos de Moisés y de Débora, con los divinos cantares que David formara en sus ensueños misteriosos, para que, á los dulces acordes de su arpa melodiosa, alabaran al Señor Tres veces Santo aquellos veinticuatro coros; y cuyos ecos, resonando aún con armonioso y delicado acento, nos ofrecen un testimonio irrefragable del alto grado de esplendor á que llegara entre los Hebreos, reconocidos como los primeros poetas del mundo, la Musa impulsada y dirigida por el sentimiento religioso, en aquellas épocas lejanas, cuando el verdadero Dios apenas era conocido de aquel puñado de hombres que, viviendo bajo un gobierno exclusivamente divino, representaba á los pueblos cristianos marchando por los caminos de la civilización y verdadero progreso, bajo la acción y poderosa influencia del Cristianismo, que surgiendo de las cumbres ensangrentadas del Calvario como el Sol, derramaría por todos los ámbitos del mundo los benéficos rayos de su luz; cambiaría, con la enseñanza de sus doctrinas esencialmente civilizadoras y progresistas, la faz del Universo, haciendo de todos los hombres un gran pueblo de hermanos, contribuyendo al general desarrollo y perfeccionamiento de las ciencias que más tarde habían de ser la honra y prez de los esfuerzos de la inteligencia humana, purificando las bellas artes de las indecencias y del grosero realismo del espíritu pagano y produciendo bajo todos conceptos una literatura y un arte propios: porque como dice un eminente escritor, «toda religión, en el estado público, crea siempre una literatura y un arte que son su imagen. Mas esto con tan notables ventajas por lo que mira al cristianismo, que á la excelencia y superioridad de sus principios, la Poesía, no obstante que entre las doctrinas ocupa el ínfimo lugar y por su naturaleza de-

fectible de la verdad, como dice el Angélico Doctor, sus asuntos poéticos no se perciben por la razón,» ha sido elevada á un grado de esplendor que más allá juzgo que no será posible á la inteligencia humana desarrollar sus pensamientos con tanta magestad y mejor galanura de estilo en sus representaciones y vuelos artísticos; porque los poetas, inspirados en las enseñanzas cristianas, además de conservar la unidad en la exposición de los asuntos, el decoro en el lenguaje, en las cosas, y en la manifestación de las costumbres de cada edad, sus ficciones siempre son juiciosas y verosímiles: la moral más pura, que es como el alma y el mejor y más elegante ornato de los poemas, descollando en sus contemplaciones, sus amores y sus obras sobre todas las otras bellezas, pone de relieve la belleza tal como se refleja del rostro de Dios en el fondo del alma humana, y aquilata de tal manera todos sus trabajos poéticos que, al decir de un eminente publicista, Adam de San Víctor, el poeta más esclarecido de la Edad media, vale por sí solo tanto como muchos poetas de la Edad de Augusto. Los poemitas de San Buenaventura, que el célebre Gerson quiso que entrasen en el número de los libros clásicos de la juventud, como los más propios para elevar y espiritualizar las almas, ¿no respiran una verdadera y deliciosa poesía? ¿No se hallan en el mismo caso los himnos y prosas de Santo Tomás de Aquino? En merecida alabanza suya el gran poeta Santenil, admirado de tanta magnificencia, ha dicho justamente: "Daría todas mis poesías por esta estrofa del Poeta Angélico,

Se nascens dedit socium,
convescens in edulium,
se moriens in pretium,
se regnans dat in premiun."

Además, ¿quién ha cantado el nacimiento tem-

poral del Verbo Eterno como lo ha hecho San Ambrosio, y las grandezas de la Cruz, como el poeta Fortunato? ¿De dónde ha sacado el poeta teológico, Dante Alighieri, la grandeza de su Divina Comedia, sino estudiando las incomparables doctrinas del Príncipe de los Doctores Escolásticos? ¿Qué otra cosa son las bellezas que más se admiran y encantan en Racine sino bellezas cristianas tomadas de la Biblia? ¿qué otra cosa los trozos más admirables de la Jerusalem libertada sino agradables reflejos del pensamiento cristiano? ¿qué otra cosa los rasgos más brillantes de la Henriada sino la prueba más contundente de la influencia que la idea religiosa ejerciera en el corazón depravado de Voltaire, cuyos vanos esfuerzos se dirigian siempre á destruir lo maravilloso del cristianismo? Qué otra cosa significan todas esas grandezas cantadas por tantos poetas cristianos sino que "la religión cristiana, como asegura Chateaubriand, es más favorable que el paganismo para desplegar los caracteres y para mover las pasiones, con la dignidad que corresponde á la Epopeya, de tal manera que su maravilloso podría tal vez competir con lo maravilloso tomado de la Mitología?" Pero nó, señores, aun á esta sobresale el cristianismo, no tan solo porque la Mitología lejos de hermohear á la naturaleza destruye sus hechizos, lejos de engrandecerla la achica y destierra la verdad, origen y fundamento no solo de la belleza física, sino también de la belleza moral, tan indispensable en todo aquello que lleva por objeto la ilustración del entendimiento y complacencia de los sentidos; sino también porque, siendo en gran parte ignoradas de toda la antigüedad las descripciones, la esfera de las imágenes poéticas es más estrecha entre los poetas gentiles, más limitados los horizontes, y tan pálido todo el conjunto de sus creaciones literarias, que ciertamente no pue-

de ni compararse con las magníficas epopeyas desarrolladas bajo la influencia del cristianismo, cuyo espíritu ha sido siempre ennoblecer y agrandar las obras de la naturaleza y del arte.

¡Oh cuánta excelencia! Ciertamente no tendríamos que lamentar el funesto relajamiento de costumbres que de algunos años á esta parte ha invadido la porción más noble de la sociedad, ni veríamos con profundo dolor el repugnante y lastimoso papel, que con grande desdoro de la civilización desempeña un crecido número de jóvenes y aun niños en la grandiosa Comedia de la vida humana, si los hombres á quienes la naturaleza dotara de genio, al expresar sus pensamientos, bajo las bellas y seductoras formas de la poesía, no se hubieran separado de la enseñanza del cristianismo, tan superiores á todas las disciplinas puramente humanas y de tanta trascendencia en todos los negocios de este mundo, que sin su aplicación y plantamiento todo sería tinieblas y desdichas por más que pretendan contradecirlo con sofismas los enemigos de la verdad.

Acaso muchas personas podrán creer exageradas mis palabras, porque siempre han encontrado defensores los extravíos de la razón; mas no por eso dejará de ser cierto que los poetas gentiles y con ellos sus serviles imitadores, olvidándose de que la poesía en su origen fué consagrada á celebrar las alabanzas de la Divinidad, han hecho de ella un semillero de corrupción, porque "no consistiendo el talento de los poetas más que en imitar y mentir, como dice Platón, su lectura no produce otro resultado que corromper el espíritu y el corazón de los ciudadanos en tanto grado que las ventajas literarias de semejantes lecturas jamás habrían podido contrabalancear los males que causan," puesto que como enseña Origenes, "no valiendo nada bajo el

punto de vista de la religión y de las costumbres, no hacen otra cosa en sus poemas que ofrecer á sus lectores venenos terribles en copas doradas," y «administrarles el alimento de los demonios, dice San Gerónimo, dejándolos siempre con hambre de la Verdad y de la refección de la justicia, porque los que tales alimentos usan, viven y mueren con hambre de Verdad y en la abstinencia de toda virtud.»

¡Oh! «si la literatura del gran siglo, dice Victor Hugo, hubiese invocado al cristianismo, en vez de adorar á los dioses paganos; si sus poetas hubieran sido lo que eran los de los tiempos primitivos. Sacerdotes que cantaban las grandezas de su religión y de su patria, el triunfo de las doctrinas sofisticas del siglo último hubiera sido mucho más difícil, tal vez imposible.» Pero nó, señores, muchos literatos, muchos de nuestros poetas inspirándose en las enseñanzas altamente perjudiciales y nocivas de los paganos, con menosprecio de la santa Escritura, manantial divino que produce la elevación de pensamientos, la viveza de imágenes y la nobleza de las expresiones, han inoculado con sus versos, evidentemente obscenos los más y en su mayor parte fabulosos, el veneno en las clases sociales; han minado los sentimientos de moralidad y religión que la misma naturaleza se encargara de infundir en el corazón humano; han cortado las alas al genio impulsado por el cristianismo cuya superioridad sobrepuja á la multitud de sistemas que se disputan el imperio de las inteligencias, y cuya influencia en el desarrollo y grandeza del verso, que es el lenguaje más elevado y más noble del hombre, no reconociendo igual sobre la tierra, nadie podrá justamente desmentir; han trastornado, por decirlo así, el entendimiento humano y producido un cambio de ideas tan elevado y universal, que ciertamente ninguna de tantas y tan variadas producciones del in-

genio podrá llevarse los honores del triunfo, si en ellas, además de hermanarse lo útil con lo agradable, no resplandece la verdad y refinamiento moral, que es la fuente de la belleza artística.

Amados jóvenes, cuando en mis horas de estudio se me ha presentado la ocasión de contemplar, aunque de paso, las incomparables bellezas de la Musa Cristiana, no puedo menos que lamentar la inconsecuencia de muchos poetas de nuestra época, al parecer cristianos, que sin hacer alto en los gravísimos males que han causado en todo tiempo los poemas de la gentilidad, reputándolos como los mejores modelos de bella literatura, se juzgan muy honrados calcando sus composiciones sobre esos engendros monstruosos de la razón humana, justamente prohibidos por el genio más grande de la Poesía contemporánea, el inmortal Leon XIII; sin atender á que, procediendo de esta manera incorrecta, contribuyen maliciosa ó inconscientemente con su talento al desquiciamiento moral de las sociedades modernas, y secan con las formas más ó menos aparatosas de sus versos, impregnados del espíritu pagano, el gérmen de toda cultura científica, de toda disciplina liberal y de toda civilización, depositado en los fecundos senos de la mente humana por el espíritu cristiano, á cuyo soplo las bellas letras y las bellas artes han llegado á su mayor altura y perfección.

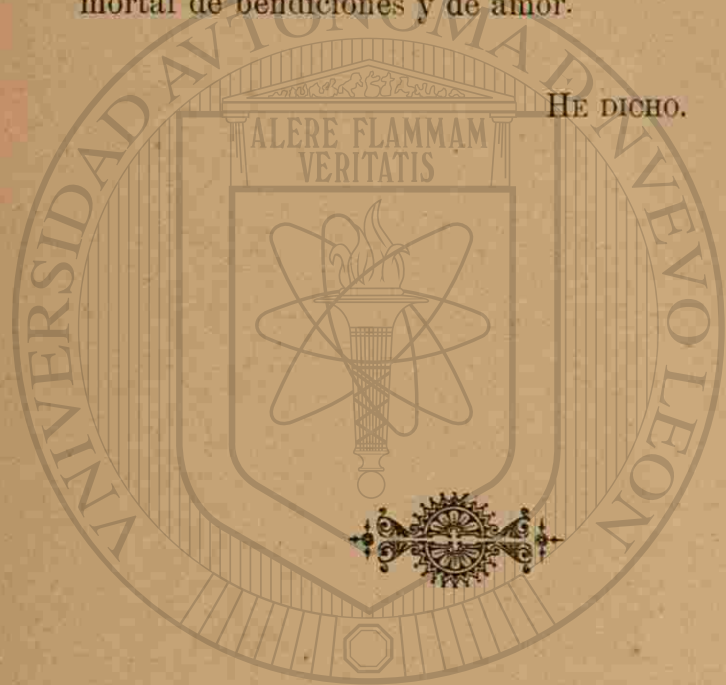
No hacen bien, y por eso vosotros, nacientes obreros de la ilustración y perfeccionamiento de las futuras generaciones, no os dejéis alucinar con los oropeles y ficticias bellezas en que abundan los mejores poemas de los vates más celebrados de la antigüedad, al expresar vuestros pensamientos, ora en el mármol, ora en el lienzo, ora en el tiempo. No frustréis con vuestro lenguaje indecoroso y deslustrado las risueñas esperanzas que se prometen

de vuestro aprendizaje sólido y eminentemente religioso, los maestros que con mano diestra os conducen por los caminos de la verdad á la realización de la belleza anhelosamente buscada en todos los siglos y realizada tan solo por el arte cristiano. No os hagáis solidarios de la ruina y universal desmoralización causada por los literatos y malos poetas, imitándolos hasta en su exagerado realismo y cuadros voluptuosos. «En los poetas cristianos denominados comunmente bárbaros, encontrareis modelos tan acabados de bella literatura y de Poesía que sin duda sostienen el parangón con las más bellas odas de los llamados clásicos, si nó por la elegante pureza de la lengua, de seguro por su empuje poético y por la profundidad del sentimiento.» C. C. Ep. 7 c. 22 Poet.

«Legendi et poetae nostrae pietatis, decía Luis Vivés, Prudentius, Prosper, Paulinus, Sedulius, Juvenecus et Avator, qui cum habeant res altísimas et humano ingenio salutare, non omnino sunt in rebus rudes et contemnendi. Multa habent quibus elegantia et venustate carminis certant cum antiquis: nonnulla quibus etiam eos vincant.» A estos cantores de la verdad y del santo entusiasmo cristiano, lo mismo que á Dámaso, á Ambrosio y á Gregorio, tomad por modelos de vuestros poemas y cantares, vosotros los que os considereis con vuestros suficientes para llegar á la inmortalidad por medio del arte de las imágenes y de los pensamientos verdaderamente maravillosos y sublimes. Sus obras se recomiendan por sus propias virtudes, son bellas con su propia belleza; y de suyo, á la vez que os comuniquen una instrucción sólida, resplandeciente y agradable, no causarán en vuestras almas apasionadas del verdadero saber, esa languidez y mortal desaliento que desgarran el corazón, cuando no se tiene plena conciencia de haber procedido en

todo conforme á las nobles exigencias de la moral y del bien sentir.

Obrando así la humanidad os será deudora de un beneficio inmenso: os considerará como ilustres mensajeros del bien y os coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.



HE DICHO.

DISCURSO

pronunciado por su autor el

Sr. Pbro. D. Secundino Briceño,

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA,

en la solemne distribución de premios á los alumnos del Seminario Conciliar de León, la noche del día 27

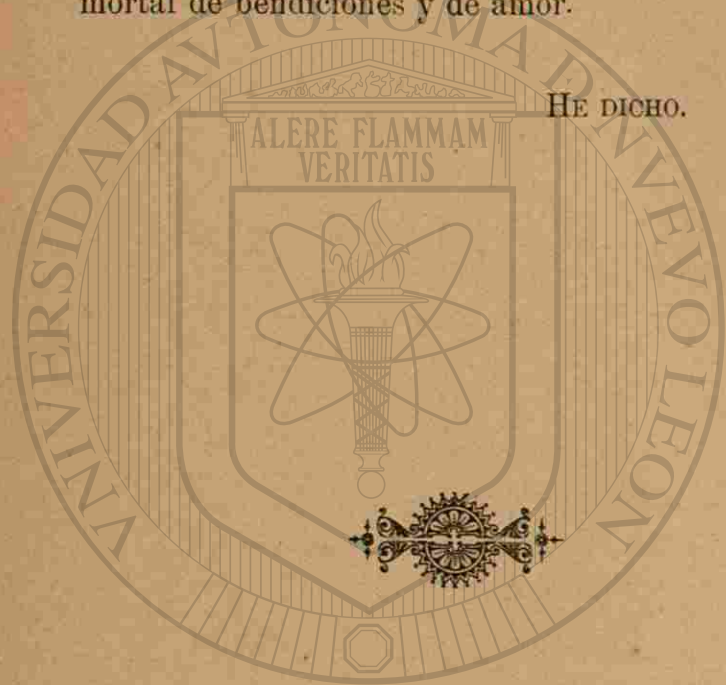
de Agosto de 1897.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo conforme á las nobles exigencias de la moral y del bien sentir.

Obrando así la humanidad os será deudora de un beneficio inmenso: os considerará como ilustres mensajeros del bien y os coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.



HE DICHO.

DISCURSO

pronunciado por su autor el

Sr. Pbro. D. Secundino Briceño,

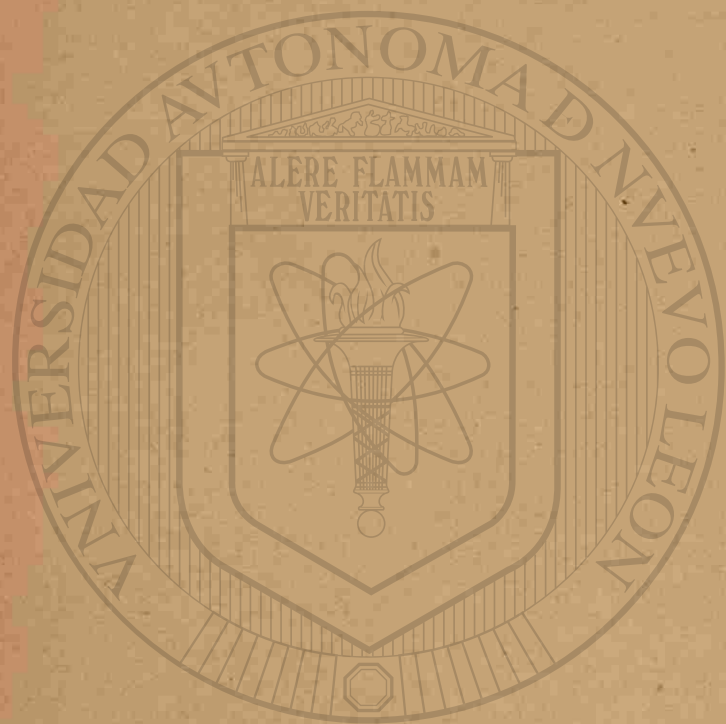
CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA,

en la solemne distribución de premios á los alumnos
del Seminario Conciliar de León, la noche del día 27

de Agosto de 1897.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:



INDIO siempre la Ciencia, tributo de adoración á la Divinidad; y el enlace de la idea religiosa y de la idea científica operó constantemente el engrandecimiento y progreso de las naciones. Al impulso de la idea civilizadora de Dios, pudo el pueblo hebreo en una edad muy temprana, en la cuna misma de la humana sociedad, alcanzar un alto grado de perfeccionamiento en gran número de artes que suponían, según la expresión del popular autor de la Historia Universal, una civilización en extremo adelantada. Una Filosofía que tan perfectamente armonizaba con las enseñanzas divinas, y que se nutría al favor de la comunicación familiar con Dios, no podía menos que ser indestructible: ella sin duda comunicó al espíritu humano una precocidad y fecundidad extraordinarias, que es imposible desconocer en la historia de los pueblos primitivos, sin menoscabo del sentido común. El espectáculo de la naturaleza, que ante el ingenio de aquellos hombres tan bien dispuestos para recibir las impresiones objetivas se



desplegaba, harto estimulaba el poder escudriñador de sus entendimientos para que pudieran adquirir un tesoro de conocimientos suficientemente vasto, que á los padres de la humanidad constituyese legítimamente doctores de la misma, preparándose de este modo una civilización, que transmitida por los Patriarcas al Egipto, difundiéndose á la vez por los pueblos de la raza semítica, atravesara el Mediterráneo, y llegara á la Academia, para que después en el Vaticano, depurada de los elementos extraños que en tan larga travesía de tiempos y lugares se le hubieran asociado, hubiera podido lucir al mundo como inextinguible y divino luminar.

Pitágoras, Homero, Platón, Licurgo y Solón fueron á buscar la sabiduría al Egipto, y si el hecho de que Moisés fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios, revela claramente la fama de la ilustración de aquel país, cierto es que el Patriarca Abraham había enseñado la Filosofía en época anterior, á aquel pueblo niño. «Los órficos y pitagóricos civilizadores de las dos Grecias, dice el historiador mencionado, creyeron que no podían hacer cosa mejor que trasladar á sus asambleas las instituciones egipcias. Cécrope, fundador de la ciudad más ilustrada de Grecia, y á la que Europa se reconoce deudora de su saber, procedió de las orillas del Nilo.» La famosa inscripción del templo de Sais, á la vez que da un solemne mentís á los que pretenden que el Politeísmo fué la religión primitiva, no deja duda sobre la verdad de la unidad de Dios, que servía de fortísimo cimiento al edificio científico de que el país de los Faraones se envanece. El imperio de la China que con tan buenos auspicios comenzaba, asienta también de grande y admirable cultura; en el que la pintura y la música son tan antiguas, y en donde la seda, el barniz,

la pólvora, las armas de fuego y aun el imán, mucho antes se descubrieron que la Europa los conociese, poseía en sus principios las ideas más puras acerca de Dios y del hombre: ella registra en sus anales el nombre de Lao-tzeu (604 A. J) contemporáneo de Ezequiel, de Daniel y del filósofo Tales uno de los siete sabios de Grecia, que estudió la antigüedad, como otra multitud de sabios compatriotas suyos, para recordar á los sofistas las tradiciones de sus antepasados. En la Caldea, en la India, en todas partes encontramos el mismo culto, la misma adoración que el humano saber profesa al Sér Supremo.

Más, en ningún tiempo mostróse tan religiosa la humana sabiduría, como en aquella época por todos títulos famosa, que siempre reclamará la atención de las naciones civilizadas, ya se le mire como época de obscurantismo y de superstición, ó ya como luciente astro que brilla en el cielo de la Ciencia, con intensidad siempre constante: llámesela edad de hierro, ó bien denomínesela con el título de edad de oro: míresela como el período de indolencia científica, ó como aquel en que el espíritu humano remontóse atrevido á las más elevadas alturas á que llegar puede el entendimiento del hombre. La Edad Media hizo encarnar si así cabe decirlo, el espíritu religioso en la Ciencia, y alguno pudo decir, que toda ciencia era una especie de Teología. Hizo de las escuelas templos, y de los sabios sacerdotes; á su vez, el templo fué la escuela cristiana en donde se estudiaba á Cristo crucificado, y los sacerdotes fueron los doctores que custodiaban el depósito sagrado de la sabiduría, no ya con el egoísmo de los sacerdotes gentiles, manteniéndolo oculto dentro del Santuario; sino difundiéndolo en todo el mundo, urgidos como se creían con aquel precepto divino: «Vos estis lux mundi; docete omnes gentes.»

El vasallaje de la Ciencia á la Religión, aunque de suyo invariable, como que su estabilidad tiene fundamento en la verdad misma, pudo menoscabarse de parte de los hombres, como pudo perderse también la Ciencia misma. Efectivamente, dice el eruditísimo Cantú: Si paramos la atención en los egipcios, descubrimos cómo en sentido opuesto de la naturaleza de las invenciones, no hicieron más que olvidar lo que se sabía. Al reinado de Dios sobre las inteligencias se debe la primitiva civilización. Más el fuego de las pasiones levantó negro y espeso humo que el humano entendimiento ofuscaba; y el Dios uno, el Dios verdadero, no reinaba en la Ciencia con el primitivo esplendor.

Pero Jesucristo reconquistó y consolidó este reino, y resplandeció de nuevo la verdad. Y ciertamente, la Ciencia se regeneró en el Calvario con el reinado de Jesucristo; mas la eflorescencia cabal de este reinado áureo, dice un escritor, ó de la soberanía de Cristo sobre el orbe romano, fué sin disputa la Edad Media.

Empero, llega el momento en que la Edad Media es ridiculizada, escarnecida: sus sabios son tenidos por necios, sus doctrinas por delirios. Quiérese arrojar á Dios de su trono; las escuelas le desconocen; la Ciencia se emancipa: y no son ya las pasiones las que á esto estimulan, por más que ellas también ahora lo sean: es la inteligencia misma quien pretende atribuirse tamaños atentados.

En vista de todas las vicisitudes de la Ciencia, y muy en especial, de su escandalosa apostasía, cabe preguntar ¿Puede darse verdadero progreso científico sin Dios? ó ¿es rigurosamente cierta aquella sentencia de la Verdad: Sine me nihil potestis facere? Sin desconocer la infalibilidad de este oráculo, podemos resolver también la cuestión investigando si puede Dios ser racionalmente ex-

cluido de la Ciencia. Dejando pues la primera cuestión, analicemos únicamente el valor científico que tiene el hecho de arrojar á Dios de las Escuelas. Pongamos en claro el monstruoso absurdo que esto implica, haciendo ver: que no puede arrojarse á Dios de las Escuelas de la Ciencia en nombre de la Ciencia misma.

La verdad nunca varía, y las causas reales de los fenómenos han sido en el pasado las mismas que son hoy y serán siempre que la actividad de los agentes naturales se ejercite normalmente; sin embargo, la relación entre tales causas y sus propios efectos, no siendo muchas veces fácil de averiguar, ocúltanse aquellas más ó menos á la perspicacia intelectual, resultando de aquí apreciaciones inexactas que solo pueden rectificarse por medio de numerosas y precisas observaciones, no menos que por dificultosos raciocinios. Así es como los sistemas propuestos para la explicación de los fenómenos naturales, han debido sucederse unos á otros á proporción que se ha ensanchado más y más el campo de los conocimientos humanos; sea porque las primeras teorías han sido ya insuficientes para la explicación de nuevos hechos científicos, sea porque las posteriores dan razón de una manera más satisfactoria, de los mismos fenómenos ya observados.

Ahora bien, lo que ha pasado con las teorías del calor, de la luz, del magnetismo etc., ha debido también suceder con la teoría de Dios, como creo poder expresarme en el sentido de nuestros sabios ateos; cuando ya se juzgó que no era necesario suponer á Dios para explicar el sistema del mundo, y el desarrollo de las causas naturales, se debió desechar la teoría de la causa primera. Preguntemos ¿cuál es la asombrosa teoría que se sustituye á la idea de Dios? ¿Cuál es la fórmula que ha demostrado á nuestros profundos matemáticos que Dios no se ne-

cesita, que Dios es una quimera? Ningún género de análisis ha podido ofrecer el medio de encontrar esta ecuación: Dios=0. Tal fórmula, si la hubiese, hubiera dado á su inventor más gloria que la que dieron á Newton, Delambre, Taylor y Maclaurin las fórmulas encontradas por ellos, y que tanta importancia tienen en las ciencias matemáticas. Este hubiera sido el eureka más glorioso de los últimos siglos, y la fecha del invento y el nombre del inventor serían repetidos por el gran coro de los sabios, resonando sin perderse al través de todas las futuras generaciones. Imaginar esa fórmula es más ridículo que la fórmula ó ecuación de los mundos imaginada por Laplace, «que comprendiera los movimientos de los cuerpos más grandes del universo, y los del átomo más ligero, el porvenir lo mismo que el pasado,» si el ilustre geómetra quiso incluir en su atrevida ecuación, aun los actos que proceden de la libertad. Por medio de esa fórmula, dice el célebre Boys Raymond «se podría saber el día en que Inglaterra quemara su último pedazo de hulla; y haciendo en ella $t = -\infty$ se manifestaría el misterioso estado originario de las cosas; y haciendo crecer á t positivamente y hasta lo infinito, se sabría si un espacio de tiempo finito ó infinito, nos separa todavía de ese estado de inmovilidad helada con el cual el teorema de Carnot amenaza el universo.»

Mas antes de pasar al examen de la hipótesis con que se ha pretendido substituir la idea de Dios, os diré lo que, á mi humilde juicio, pudo ocasionar el que nuestros sabios ateos hubieran tenido por fantástica la doctrina acerca de Dios, y es el descrédito en que incurrieron los sabios de la Edad Media, por razón de las teorías que propusieron para explicar los fenómenos naturales. He aquí lo que puede justificar esta aserción. Dice uno de nuestros célebres físicos contemporáneos, Amadeo Guillemin:

«No descendamos á más detalles sobre la historia de la aurora boreal en la antigüedad y en la Edad Media: pues los relatos de sus apariciones que nos han dejado los autores, suelen estar mezclados con fábulas y descripciones fantásticas, que la credulidad supersticiosa de los observadores les hacía imaginar, de buena fe sin duda, pero que por esto mismo, no tienen gran interés científico. Después de pocas líneas prosigue diciendo: «La observación imparcial y serena iba substituyendo poco á poco las ilusiones de la credulidad. *La Ciencia se enseñoreaba del terreno de lo sobrenatural.*»

¿Veis lo que pudo ocasionar en este gran sabio la profunda convicción de que lo sobrenatural se iba desvaneciendo hasta quedar absorbido por la Ciencia que se enseñoreaba de sus dominios? Las supersticiosas teorías con que los sabios de las pasadas edades pretendieron explicar el fenómeno de las auroras boreales. ¿La realidad de lo sobrenatural, y por consiguiente, la realidad de Dios, está vinculada á los errores de los hombres acerca de los fenómenos físicos? No, señores, si lo sobrenatural existe, nunca podrá la Ciencia enseñorearse de su terreno; y si no existe, nunca podrá poseer ninguno; por razón de que lo real ni se menoscaba por los errores que se cometan en su conocimiento, ni medra con la rectitud de los juicios intelectuales que acerca de ello se formulen, y lo que no tiene realidad no puede recibirla del acto mismo que la presupone; si lo sobrenatural no tiene realidad, no puede recibirla del acto intelectual que la finge, y si la tiene, no puede perderla por el acto que la niega: nada tiene pues, qué temer el orden real de que sus dominios sean invadidos por el orden del conocimiento. Si algún Físico, quisiera atribuir la superposición de los líquidos en un orden de densidades decrecientes de abajo á arriba, á atracciones

ó repulsiones eléctricas de tales líquidos entre sí y por el vaso, seguros podemos estar, de que ni la gravedad se angustiaría, temiendo algún día quedar sin acción si continuaban las ocurrencias peregrinas de los sabios, ni la electricidad se envanecería, engreída de haber adquirido nuevos dominios, y con esperanza de que los hombres le llegaran á conquistar el dominio de todo el universo.

Aun admitiendo que la suerte de Dios y delo sobrenatural, fuera la que le hicieran correr la pericia ó impericia de los sabios; si los antiguos fueron tan infelices discurrendo sobre las causas físicas naturales ¿lo fueron también discurrendo acerca de la causa primera? Nó, sin duda contestará todo el que sabe que verdades de órdenes diferentes exigen diferentes procedimientos cognoscitivos, diferentes medios de comprobación. Nó, contestará todo el que sabe que es imposible encontrar á Dios como resultado de un análisis químico. Ni habrá que esperar que los experimentos nos reproduzcan á Dios á voluntad, cuantas veces quisiéramos servirnos de los aparatos convenientes.

Desgraciadamente no piensan así nuestros adversarios, quienes pretenden no rendirse á ningún argumento metafísico, y solo tienen por incontrovertibles los que suministran las Matemáticas, la Física, la Química, ó alguna de las ciencias que el sistema positivista hace figurar en el cuadro de los conocimientos humanos.

Pues bien, merced á la observación y á los experimentos, han podido rectificarse las antiguas teorías propuestas acerca de la naturaleza de los agentes físicos, recibiendo las nuevas teorías, un grado más ó menos suficiente de comprobación, obtenido por medio de más precisas observaciones y repetidos experimentos. Adóptase la teoría que M. De la Rive propone para la explicación de las auroras

polares, y esta teoría es comprobada por el mismo sabio, por medio de un ingeniosísimo aparato que reproduce el fenómeno de las auroras en sus principales circunstancias. Nada parece, queda que desear: el experimento parece decisivo, y las teorías antiguas sobre las auroras boreales son ya insuficientes para dar razón de ellas. La teoría de la emisión no obstante que contaba con la aprobación de eminentes sabios entre los cuales figuraba el gran Newton, no parecía ya á propósito para dar una explicación satisfactoria á la nueva serie de fenómenos luminosos, que el sabio Boloñes Padre Grimaldi expuso y explicó por primera vez en el año de 1665, bajo el nombre de fenómenos de difracción, no obstante que á los estudios de este gran físico, hubo que añadir las nuevas observaciones de Newton, quien procuró explicar semejantes fenómenos, por la desviación que los cuerpos opacos causan á los rayos de luz. Fraunhofer, Yonug y últimamente Fresnel, acabaron de descubrir sus leyes, y el tercero las fundó con feliz éxito en la teoría de las ondulaciones. Igual cosa sucedió con el principio de las interferencias luminosas, explicado también con gran éxito por Fresnel, y comprobado por el famoso experimento de los dos espejos. Las experiencias de Foucault parecen no dejar duda acerca del movimiento giratorio de nuestro planeta, hecho sensible aun á la vista por el giróscopo; más, cuál es el experimento decisivo que ha venido á rectificar los errores cometidos en las viejas teorías de Dios? no lo hay ni lo habrá jamás, y el aparato que sirviera para demostrar la superfluidad del Ser Supremo sería tan famoso como la fórmula que arriba buscábamos.

La Historia calla, y la ciencia que desconoce á Dios carece de argumentos positivos del género de aquellos que tanto afecta estimar. ¡Ah! ¡si por lo

menos hubiera mostrado la falsedad de los argumentos en contrario! Pero mejor lo ha negado todo para quitarse todo compromiso. Así, sería mejor decir, que la ciencia apóstata tiene argumentos directos é indirectos; más he aquí cuáles son: argumentos indirectos; niego, niego, niego: argumentos directos; supóngase, supongamos, suponiendo, y así por todas las fases de la conjugación.

Mas permitidme que aunque sea ligeramente me ocupe de vindicar á los filósofos de la Edad Media de las calumnias que gratuitamente se les infiere. Acúsaseles de no haber empleado en las ciencias físicas, el método experimental, fijándose su nacimiento en la época de Galileo; pero no hay para que desconcertarse: el autor del Mundo Físico, que adopta y hasta el cansancio repite en la citada obra, este injurioso cargo hecho á los sabios de la antigüedad, cuya ciencia se complace en igualar á la de los ignorantes de todas épocas, dice estas palabras: «Sería sin duda exagerado decir que entonces (en tiempo de Galileo) se sustituía por vez primera, á los *a priori* de la Escolástica, el método seguro y fecundo de la observación experimental, puesto que mil ochocientos años antes Aristóteles había dado un memorable ejemplo, poco seguido por desgracia.» En otro lugar habla muy ventajosamente, no solo de Aristóteles *cuyo ejemplo es poco seguido por desgracia*, sino de los astrónomos y geómetras antiguos, «desde Aristóteles, Posidonio y Eratóstenes hasta Estrabón.» En cuanto á la Edad Media, cualquiera que haya leído los comentarios de Santo Tomás sobre el libro primero de la Metafísica, verá que el Santo Doctor habla de la ciencia experimental; por eso dice uno de nuestros célebres escolásticos ⁽¹⁾ que solo de Aristóteles y de Santo Tomás

(1) Roselli, Summa Philosophica.

se podrían publicar numerosos volúmenes de física experimental. En verdad, es difícil explicarse cómo sin observación ni experimentos pudieron inventarse en la Edad Media los relojes, los molinos de viento, el papel, las chimeneas, el azúcar, los espejos de cristal, el alumbre, la sal amoniaco, el agua fuerte y varios álcalis, la seda, los vidrios de óptica, la pólvora, la imprenta, etc., anunciando un monge los globos aereostáticos y el vapor.

Tióneseles también por supersticiosos, como se vé por las palabras arriba citadas acerca de las auroras boreales y de este otro pasaje en que habla el autor del Mundo Físico, del fenómeno llamado fuego de S. Telmo. «La superstición tomó otro rumbo en la Edad Media, prolongándose hasta los tiempos modernos; entonces era el cuerpo de un santo, el de S. Telmo, rodeado de cirios encendidos, el que hacía su aparición en el buque, presagiando la bonanza.»

¿Los sabios de la Edad Media atribuyendo los fenómenos de la naturaleza á causas sobrenaturales como á sus causas inmediatas? ¡Calumnia! ¡transcendental é impía calumnia! Permítaseme citar por todos, al ilustre escolástico á que antes me he referido, quien habiendo escrito hace más de un siglo, sigue exactamente como los escolásticos de la Edad Media, las doctrinas de Aristóteles y de Santo Tomás: quizá per esto dice nuestro crítico que la superstición se ha prolongado hasta los tiempos modernos. Pues bien, en la cuestión XXII, artículo III de su Física particular, pregunta ¿si acaso todos los meteoros naturales se han de atribuir á causas naturales: declara que en dicho artículo disputa contra tres clases de personas, entre las cuales, pone en primer lugar, á los rudos é imperitos, que inmediatamente que observan algún meteoro nuevo

é inusitado, lo atribuyen á *causas sobrenaturales* ó preternaturales.

Sienta en seguida esta proposición: "Aun cuando los meteoros deben atribuirse ordinariamente á causas naturales, hay algunos que no pueden proceder sino de causas sobrenaturales." Mas para probar la segunda parte, no creais que menciona las auroras, que en la cuestión siguiente explica por causas naturales; ni el fuego de S. Telmo que explica también por causas naturales, y al que ni siquiera da este nombre, sino que le llama Castor, Polux y Helena como le llamaban los sabios de la gentilidad: refiere únicamente los prodigios que se leen en la Santa Escritura, los milagros, verdadero blanco de la impiedad que palía sus calumnias con la Ciencia. Y si los milagros fueran falsos, se seguiría que los Escolásticos habían errado en la apreciación de algunos hechos, pero de ningún modo en los principios. De la primera parte de la proposición no hay duda alguna, dice. He aquí su discurso: Los meteoros son efectos naturales; es así que los efectos naturales dependen de causas naturales; luego los meteoros dependen de causas naturales.

Tiempo es ya de que examinemos esa gran teoría con que se ha pretendido sustituir la doctrina acerca de la divina casualidad. Refiérese que Napoleón el grande se dirigió á Laplace con estas palabras: «Vos M. Laplace que habeis arrebatado al cielo tantos secretos ¿no entonareis también pronto vuestro himno á la gloria del Creador?» Pues bien, si no es cierto que aquel ilustre sabio contestó: «Señor, yo he podido constituir y explicar los cielos sin recurrir siquiera á la hipótesis de la existencia de Dios,» sí es cierto que el gran sistema de Laplace acerca de la mecánica de los mundos y su ecuación famosa, son la pretendida fuente y la última expresión de las teorías de la escuela positivista y racio-

nalista del siglo XIX de donde deducen todos sus dogmas insensatos de la eternidad, de la materia, de la vida, del transformismo, etc.

Laplace supone en su célebre teoría, que al principio, el sol y todos los cuerpos que giran al rededor de él, no formaban más que una sola nebulosa, animada de un movimiento de rotación, al rededor de una línea que pasaba por su centro. A causa del enfriamiento sucesivo, la materia condensada precipitándose hacia el núcleo, aceleraba su movimiento, por desprenderse de regiones animadas de mayor velocidad. Esta aceleración sucesiva desarrollaba una fuerza centrífuga mayor, que acababa por ocasionar el desprendimiento de masas anulares, de la materia acumulada hacia el ecuador, cuya ruptura daba lugar á la formación de los planetas.

Si no nos limitamos á considerar el desarrollo de esa nebulosa, de la que se desprendieron todos los planetas pertenecientes á nuestro sistema solar; sino que adoptando las ideas de Herschell, y conforme á más generales consideraciones, se quiere suponer que una gran nebulosa pudo dar origen á la formación de todos los mundos, fácil será observar, que si ese ingenioso sistema, propuesto por la Filosofía cristiana, es muy á propósito para la interpretación de las Divinas Letras, pierde toda su grandeza propuesto con la frialdad del ateaista, que ha creído encontrar ocioso el suponer á Dios frente de la actividad espontánea de la materia. Si este ruidoso sistema tal cual se encuentra desfigurado por la ciencia que reniega de Dios, y convertido por la muletilla del *supongamos*, en un argumento directo de los suyos, blasona de ser en extremo simple, por no necesitar más que de materia y movimiento para explicarlo todo, nada es esto delante de la sencillez de la Filosofía cristiana, que no reconoce en

el principio más que la actividad divina, á cuya infinita virtud se debe la existencia y actividad de todos los seres del universo. Mas no contraponamos sistema á sistema, doctrina á doctrina, por más que esa misma contraposición con arreglo á aquel principio: *Non sunt multiplicanda entia sine ratione*, arroje mucha luz para poder descubrir los sencillísimos caracteres de la verdad; pues si satisfactoriamente aunque con menos sencillez, pudiera el aludido sistema componer el mundo sin Dios, con materia y movimiento, nada habría que reponer. Analizemos, y como en noble y campal batalla, no estrechemos al enemigo, aunque á ello tengamos derecho; limitémonos al terreno en que se coloca; materia y movimiento admite, sigámosle con la materia y el movimiento.

La materia, esa materia cósmica de la gran nebulosa, esa materia eterna, y la cual se supone dotada de movimiento, es inerte de suyo, inerte, es decir, indiferente para el movimiento y el reposo; este es un hecho natural é innegable, que los tratados de Mecánica reconocen sin reparo, y exponen como un principio fundamental. La Mecánica nos enseña, que si la materia está en reposo no puede salir de él sino por una fuerza extraña, y no puede cesar de moverse sino por la acción de una fuerza extraña. De suyo pues, no pide estar en movimiento y he aquí precisamente por qué se le supone. Mas si tal movimiento anima á la materia, esta necesariamente lo ha recibido *ab extrínseco*, puesto que si lo tuviera *ab intrínseco* sería preciso que se siguiera á su naturaleza, sino se quiere suponer que la constituya. De todos modos, si esto fuera así, la materia ya no sería indiferente para el movimiento, como nos lo enseña constantemente la Mecánica, la cual protesta, que aunque no conozca la naturaleza de la impulsión, admite la inercia como un hecho evidente que

la experiencia nos testifica. Ahora bien, si fuera de la materia nada hay de donde pueda proceder este movimiento, tal movimiento no tiene razón de ser, y por consiguiente no puede suponersele.

Por otra parte: por más millones de millones de años que se supongan transcurridos desde que la nebulosa comenzó á moverse, y para que hubieran podido realizarse todas las transformaciones por las cuales ha debido pasar, para que el mundo hubiera llegado á presentarse á nuestras miradas como lo vemos hoy día, ese gran espacio de tiempo, lento, lento como debió serlo, necesariamente es limitado; por cuanto á que el cálculo mismo de nuestros astrónomos, partiendo de datos más ó menos determinados, se ha extendido hasta á deducir los inmensos períodos, necesarios para la operación de todos esos cambios que han debido preceder al estado actual del desarrollo de la materia cósmica: y si en ese punto de partida del movimiento evolucionista, la materia comienza á existir, el problema está resuelto; y ved aquí la Virtud Divina brillando en medio del caos de la nada, sacando á la existencia aquel ser tan torpe, que por más que se haya supuesto animado de ese movimiento, indispensable para la producción de todos los fenómenos físicos atribuidos solo al movimiento, nunca se ha dejado de reconocer aun en el siglo de la apoteosis de la materia, que esta por virtud propia, ni puede ponerse en movimiento ni cesar de él.

Mas si la materia no comienza á existir en ese primer momento en que la evolución comienza, en primer lugar; nada se aprovecha con ese reposo eterno que debería haber precedido al largo, pero finito período de desarrollo de la materia, la cual sin movimiento no se evoluciona, ni se transforma, ni se multiplica, ni se perfecciona; por fin el día que esa materia comience á moverse, lo ha de hacer ba-

jo el impulso de una causa extraña, como nos lo enseña la Mecánica, es decir, de Dios.

Además, una perfección tan limitada, que no excluye, sino antes necesita del influjo de un agente exterior, para que la cosa á la cual pertenece tal perfección se mueva, es todavía más limitada respecto del ser de esa misma cosa; es decir: que mucho menos excluye, sino antes con más razón necesita de la acción de un agente exterior para que tal cosa sea: pues á la acción productora del ser corresponde un efecto de un orden más excelente, que al influjo que aplica la virtud activa á la operación; por razón de que tal influjo presupone el ser de la cosa, y la existencia misma de la virtud activa; más la acción que produce el ser, nada presupone, sino que crea dicho ser de una manera absoluta. Luego si la materia no puede moverse por sí misma, menos podría ser por sí misma. Luego no solamente nada se consigue, suponiendo la materia existente antes de su evolución, en orden á esquivar la divina causalidad, sino que su debilidad entitativa, que la obliga á recibir el movimiento de una causa extraña, nos muestra la imposibilidad de que tal materia gozara antes de moverse, de un ser independiente de toda causalidad, es decir, de un ser improductivo, eterno. Procuremos aún ilustrar este argumento. La elevación de temperatura puede hacer que una barra metálica adquiera dilatándose, la misma longitud que se le haría tomar sometiéndola á la tracción que en ella ejerciera un peso determinado; así, el trabajo molecular interno es equivalente al esfuerzo mecánico exteriormente aplicado. A éste modo pudiéramos decir, que la perfección de algún ser, que supondremos independiente de cualquier otro, equivale virtualmente, al influjo exterior que produjera en él esa perfección; pues bien, la excelencia intrínseca de aquel ser, daría á este tal esta-

bilidad, cual le hubiera dado la misma acción creativa; y así como una cantidad de calor insuficiente para producir en una barra metálica, el alargamiento que se produciría con un medio mecánico, sería aun más insuficiente para producir un alargamiento mayor, así, si la perfección de algún ser es insuficiente para que tal ser se mueva por sí mismo con exclusión de toda causa extraña motriz, mucho más lo será para que dicho ser sea por sí mismo con exclusión de la causa creadora.

Consta pues que la Ciencia no puede emanciparse de Dios, sino que por el contrario, métrase estrechada á tributarle rendido vasallaje: de consiguiénte, querer arrojar á Dios de las escuelas, lejos de ser un acto autorizado por la Ciencia, es el desatino anticientífico más grande.

Esa inicua sentencia que arroja á Dios de las escuelas, no pudo, no, ser dictada por el entendimiento; no pudo el entendimiento hecho para la verdad cometer semejante desacierto: fué la impiedad, la soberbia impiedad, que á despecho de la luz ha dicho: *nolumus hunc (Deum) regnare super nos*. La impiedad mal consejera y peor amiga, la que tiene tales exigencias para con sus adeptos: sus despojos me parecen todavía más exagerados y extravagantes, que los que Mercurio hacía por encargo de Caron á todos los muertos que pretendían navegar en su barquilla, según lo finge Luciano en sus Diálogos de los Muertos. La nota de preocupados no conviene á los hijos del Catolicismo, los preocupados son verdaderamente los sabios del bando enemigo. Solo una preocupación tal, pudo inspirar á Schelling, para prorrumpir en expresiones tan groseras como estas: *La naturaleza no es una masa inerte; para el que sabe comprender su sublime grandeza, es la fuerza creadora del universo, fuerza siempre eficiente, primitiva, eterna, que engendra*

en su propio seno todo cuanto existe. Conceptos injuriosos á la Ciencia, y tan alabados por los sabios modernos, le fueron quizá sugeridos por la analogía observada en los fenómenos de la naturaleza; analogía que ha hecho pensar á los sabios en la unidad de las fuerzas físicas; en el reconocimiento de un agente universal, que modificado diferentemente produce los fenómenos naturales, agente que alucinando á nuestros sabios les hizo incurrir ya en el Ateísmo, ya en el Panteísmo.

Entre tanto, el Dr. Sollano en el año de 1846 con su mirada de águila vió resuelta la cuestión acerca de la unidad de las fuerzas físicas, y sin embargo no se creyó comprometido á dejar su Fe, sino más bien, estimulado á corroborarla. Véase el II apéndice á la Física de Pouillet, que anotó y adició con interesantísimos y profundos cálculos. «Mas, ¿cómo este fluido, dice, produce tan variados efectos? ¿bajo qué leyes obra en los diversos casos para dar tan diferentes resultados? He aquí una cuestión demasiado difícil, que debe ocupar á los Físicos el día de hoy y llamar fuertemente su atención. Nosotros, entre tanto los grandes Físicos la resuelven, nos contentaremos con indicar algunas ideas, que creemos conducentes á su resolución.» Con positivo sentimiento me abstengo de hablar de las razones con que se propone contestar como filósofo á todo lo que pudiera oponerse á la admisión del fluido etéreo; haciéndose cargo de los puntos principales en que los agentes parecen no estar de acuerdo, especialmente de la teoría de los dos fluidos eléctricos, de la discordancia entre algunos fenómenos de magnetismo y electricidad, y especialmente del hecho de que las sustancias atérmanas y diatérmanas pueden disponerse de tal modo, que pase todo el calor sin un solo rayo de luz; ó por el contrario, que pase la luz sin un solo rayo calórico, los cuales

hechos parecen mostrar mucha discordancia entre ambos agentes, es decir el calor y la luz; pero aquel sabio todo lo considera, todo lo allana, todo lo dilucida. «¡Ojalá, concluye, y estas breves indicaciones excitaran el espíritu de filosofar sobre los hechos y de buscar giros sencillos de ideas que los agruparan al derredor de un centro común! Esto facilitaría admirablemente la enseñanza, daría impulso á los investigadores, abriría un nuevo campo vastísimo á las experiencias, generalizaría las teorías y lo que es más importante, revestiría á la Ciencia de un carácter más filosófico, más profundo y más adecuado á la parte más noble del hombre, á su inteligencia. He aquí la misión de los grandes Físicos. Tarea es esta que excede en mucho á nuestras débiles fuerzas; sea bastante haber indicado los deseos que nos animan al cooperar con una piedrecita para este grandioso edificio.»

Gloria al Santo Obispo de León, luz de nuestra Iglesia, prez de este Seminario, sencillo en la Fe, profundo en la Ciencia, grande para estimar la verdad, pequeño sólo para sí. Gloria á los sabios del Catolicismo. Gloria á Dios en las escuelas.



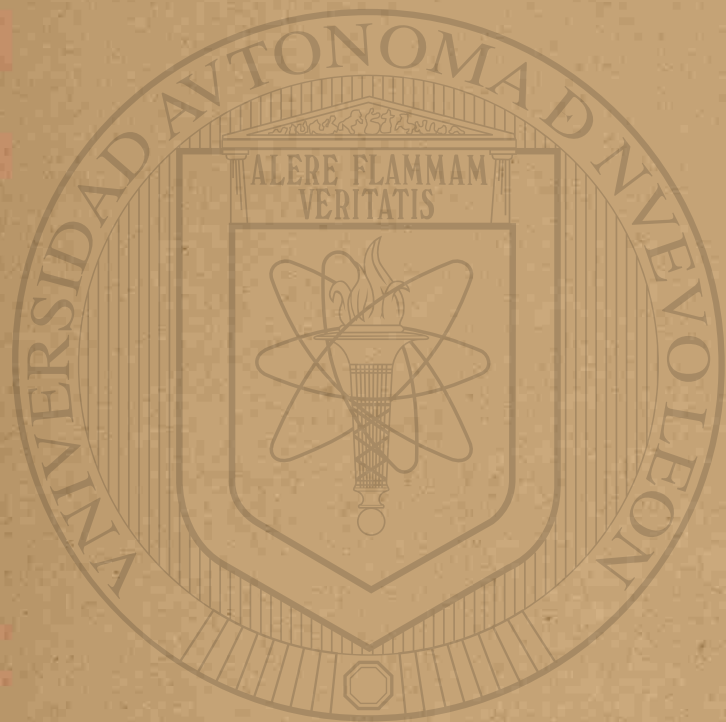
— POESIA —

Recitada por su autor

En la solemne distribución de premios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A la Juventud Seminarista.

EN estrofas hermosas tus loores
debían cantarse, juventud querida,
cual saludan el día los ruiseñores

entre el follaje, en la estación florida;
porque tu eres el día que se levanta
en el limpio horizonte de la vida.

Mi obscura lira tus victorias canta
con desacorde acento; mas ardiente
palpita el corazón, y llama santa

viene a ahuyentar las sombras de la mente,
y mi alma, al contemplar tu fe y tu anhelo,
lleno de luz tu porvenir presiente.

Falange soñadora, que en el cielo
fijas tienes las ávidas miradas;
avecillas ahora, en raudo vuelo

á las altas regiones azuladas
donde baten sus alas los condores
mañana llegaréis; veréis bañadas

vuestras alas por nítidos fulgores:
sorprenderéis bellísimos arcanos;
tendréis émulo mil y admiradores!

Seréis de la palabra soberanos,
de vuestro suelo indiscutible gloria,
y vuestros nombres, á escribir ufanos

Hegarán vuestros pósteros; la historia
tal vez brillantes páginas os guarda
para hacer inmortal vuestra memoria.

.....
¡Silenciosos me oís! ¿es que me aguarda
la desaprobación? ¡Bien lo comprendo!
Flor es la gloria que mirar no tarda

sus pétalos caer, languideciendo,
cuando Febo su flava luz envía
tras enhiestas montañas descendiendo

y entre nubes de fuego muere el día;
ó cae deshojada en cieno inmundo
entre el furor de tempestad bravia...

Un respeto hacia ti siento profundo,
juventud, por que vas tras el Maestro
que no tiene su reino en este mundo.

Tu ciencia, balbuciendo el Padre Nuestro,
comenzaste en los brazos maternos,
no la ciencia que da un fulgor siniestro,

la ciencia de los goces celestiales,
que consuela las penas del que llora
prometiéndole bienes eternos,

y que calma la angustia aterradora
del que en la selva de la duda avanza,
disipando la sombra abrumadora

con destellos de un sol de bienandanza;
la ciencia de la cruz que al cielo encumbra,
"la ciencia del amor y la esperanza."

No la gloria del mundo te deslumbra,
fuego fatuo que se alza del pantano
y á las orugas débilmente alumbra.

Tú buscas ese fuego soberano
que á Saulo derribara en el camino
para alzarlo después vuelto cristiano.

En busca vas del luminar divino
que iluminó con su fulgor las mentes
del Nazianceno y de Tomás de Aquino;

que inspirara sus frases elocuentes
del Claraval al armonioso asceta
que ejércitos formó de penitentes,

y los cantos del teólogo-poeta
de nuestro siglo, Faber inspirado,
del pensamiento vigoroso atleta.

Ese fuego fecundo que ha abrasado
corazones henchidos de ternura,
que al mundo por su amor han asombrado,

y pasan endulzando la amargura
de la infeliz humanidad que llora,
ó disipando la tiniebla obscura

de la ignorancia con la luz de aurora
que brota de sus almas á torrentes
en forma celestial y encantadora.

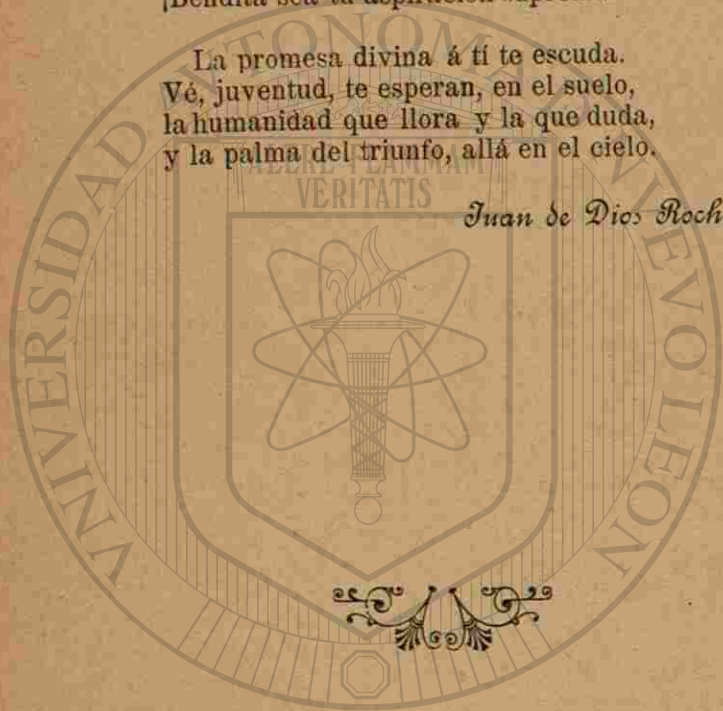
Los Franciscos de Asís y los Vicentes,
los Juan de Dios, los Calazans, y tantos
que han llenado los siglos precedentes

con sus obras grandiosas, dulces santos
cuya vida sublime es un poema
y aun no vibra el postrero de sus cantos.

Tremola, juventud, tu sacro emblema,
en tus triunfos mi lira te saluda,
¡Bendita sea tu aspiración suprema!

La promesa divina á tí te escuda.
Vé, juventud, te esperan, en el suelo,
la humanidad que llora y la que duda,
y la palma del triunfo, allá en el cielo.

Juan de Dios Rocha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CALIFICACIONES

QUE OBTUVIERON
LOS ALUMNOS PREMIADOS EN LA CONCLUSIÓN
DEL AÑO ESCOLAR DE 1897.

Cátedra de Teología escolástica.

Gorgonio Romero.	Muy bien con particularidad.
Manuel Favela.	id. id. id.
Sr. Sub.º D. Román Tavares	id. id. id.
Ursulo Freire.	id. id. id.

Cátedra de Teología Moral.

Sr. Mta. D. José García. Muy bien.

Cátedra de Derecho.

Sr. Mta. D. Maximiliano Villalpando. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Sagrada Escritura.

Sr. Sub.º D. Francisco Torres. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Religión.

Sr. Sub.º D. Román Tavares. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Rúbricas.

Sr. Mta. D. José García. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Elocuencia Sagrada.

Sr. Sub.º D. José Santos González. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Filosofía.

3 ^{er} AÑO.	{	José Hernández.	Muy bien con particularidad.
		Rafael Zamudio.	Id. id. id.
		Refugio Ramírez	Muy bien.
		Santiago Muñoz.	Muy bien con particularidad.
	{	Refugio Solís.	Id. id. id.

2.º AÑO. { Angel Aranda. Muy bien con particularidad.
 { Pascual Fonseca. Id. id. id.

1.º AÑO. { Calixto Segura. Muy bien con particularidad.
 { Darío Manrique. Id. id. id.
 { Vidal Ríos. Id. id. id.

Cátedra de Gramática Latina.

Rafael Rivas. Muy bien con particularidad.
Jesús Hernández. Id. id. id.
Daniel Herrera. Id. id. id.
Francisco Cabrera. Id. id. id.
José Araujo. Muy bien.
Luis Aranda. id. id.
José M. Cruz. id. id.
José Guerra. Muy bien con particularidad.
Lázaro Valadez. Id. id. id.
José Manuel Amézaga. id. id.

Cátedra de Griego.

Sr. Mta. D. Eufemio Villegas. Muy bien con particularidad
Sr. Sub.º D. Camilo Valadéz. Id. id. id.

Cátedra de Cosmografía.

José Hernández. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Francés.

Pascual Fonseca. Muy bien con particularidad.
Jesús Ríos. Id. id. id.

Cátedra de Inglés.

Manuel Favela. Muy bien con particularidad.
Martín Lawers. Muy bien.

Cátedra de Italiano.

Sr. Sub.º D. Luis Bocanegra. Muy bien.
Francisco Martínez. Muy bien con particularidad.

Cátedra de Canto Llano.

Sr. Mta. D. Fermín Aguilera. Muy bien con particularidad.





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

411
00